

biarse, porque nuevos senadores ocuparán los asientos de los senadores que mueran. ¡Cómo! ¿La ley no encuentra contra el Senado más garantía que la muerte? La muerte es caprichosa como la fortuna y ciega como el destino; cuando la llaman no responde; cuando no la esperan viene.

Por otra parte, siendo la elección una mentira, ¿cómo puede estar segura la ley de que dará el resultado que ella busca, y que la sociedad ha menester para que se seren las tormentas que braman ya en su horizonte? No: la ley no podrá encontrar defensa contra el monstruo que ella misma ha dado á luz, la ley ha querido humillar á la aristocracia; pues bien: la ley recibirá escandalosos insultos de un Poder que es oligárquico sin dejar de ser plebeyo.

Si el Trono no elige directamente á los individuos de la Cámara alta¹; si su número no es ilimitado, el Trono es una decepción, el Poder es un fantasma, la libertad una sombra, y el Gobierno representativo una fantástica quimera; y con el Senado, esto es, el Gobierno representativo; esto es, la libertad; esto es, el Poder, y esto es, en fin, la Monarquía.

Legisladores de la nación española, no humilléis vuestras frente ante una institución que, si la consideráis en su esencia, es un cadáver que se ha convertido en polvo, y si la consideráis en sus formas es un *Leviatán* coronado.

No sancionéis un proyecto de ley fundamental en el que la democracia se desborda, y en el que se sacrifica el espíritu de nuestro siglo al espíritu de siglos que ya pasaron; el espíritu de nuestros días al espíritu de otros días que se huyeron; el espíritu de nuestros tiempos al de tiempos que no son.

Las Constituciones deben servir de garantía á los débiles, y á los poderosos de freno. El Trono es débil y la democracia poderosa, y, sin embargo, en el proyecto se fortifica á la democracia y se debilita al Poder.

¡Cómo! Cuando el huracán ha conmovido hondamente los

¹ No hay inconveniente en que los elija entre ciertas categorías determinadas por la ley.

cimientos de esta sociedad convulsa, cuando acaba de pasar delante de nuestros ojos una revolución triunfante, ¿será el Poder tan robusto que pueda ser tiránico, invasor? ¡Ah! No: en la edad en que vivimos, en el país en que habitamos, la tiranía del Poder central es imposible; temed más bien su esclavitud; temed más bien que los pueblos, en otro tiempo oprimidos, pero emancipados hoy, quieran que el sol que presencié su servidumbre presencie su venganza, y que los hierros que doblaron su cerviz sirvan de argolla á los herederos sin ventura de sus antiguos opresores.

Tendamos la vista por el Mediodía de Europa; comparemos el espectáculo que ofrece á nuestros ojos con el que pudo ofrecer cincuenta años ha á los ojos de nuestros padres; la humanidad entonces no tenía voz, y estaba entregada al silencio más profundo; hoy la voz de la humanidad llena el espacio: entonces una docena de frentes tocaban las nubes; millones de frentes se hundían en el polvo; hoy todas las frentes están á un mismo nivel, y resplandecen todas con el sello de la dignidad humana.

Si esta tendencia de la Europa continúa, y continuará, porque toda tendencia continúa siempre hasta su completa realización, nuestros hijos, para saber qué especie de monstruo es un Rey tirano, tendrán que preguntárselo á la Historia, si no prefieren ir á contemplarle á distantes regiones.

Y no se diga que el porvenir es muy dudoso, porque el triunfo de la libertad contra la tiranía no está asegurado aún; no, mil veces no; el porvenir no es dudoso para el que conoce el presente, y el éxito de la lucha es seguro para el que sabe prever. Nuestros ojos no han visto nacer la tiranía: no han visto tampoco su dominación omnimoda, incontestada, absoluta; pero la han visto pasar, y conforme ella pasaba la libertad nacía, y nacía apenas cuando ya la vimos triunfante y ceñida de laureles; en un corto espacio de tiempo todos la hemos visto nacer y todos hemos celebrado sus victorias¹.

¹ Donoso se engañaba confundiendo los términos. Gracias á la falsa libertad poli-

Ahora bien: ¿quién no advierte cuál es el principio que entra en posesión del mundo, y cuál es el que se retira del campo por no poder combatir? ¿Quién no advierte que, al mismo tiempo que acompañamos á la libertad en su instalación en el Trono, asistimos al despotismo en su agonía?

Yo apelo á la buena fe de los esclarecidos varones que han redactado el proyecto de Constitución y de todos los que ocupan los escaños del Congreso. Si ahora mismo oyeran decir que un acontecimiento extraordinario acababa de verificarse en el Mediodía de Europa, ¿preguntarían por ventura, si una raza proscrita había vuelto á ocupar el Trono del elegido de la Francia? No: preguntarían si una nueva ráfaga de una nueva revolución había sepultado entre escombros el Trono de Julio, y vistiéndose de duelo se prepararían para asistir con dolor, pero no con sorpresa, á los funerales de los Reyes.

Tal es el espectáculo que ofrece el Mediodía de Europa, y principalmente España, en donde, debilitado el Poder por el despotismo, espera su fuerza de la libertad; porque es preciso que no nos olvidemos de que ni el despotismo es la fuerza, ni la libertad consiste en la relajación del Poder. Sin necesidad de pedir ejemplos á los anales de tierras extrañas, los encontramos bien recientes en la península española. El Gobierno de los diez años ha sido despótico y débil á un mismo tiempo. El Poder central no ha sido soberano, sino esclavo de un partido.

Los realistas eran el Poder, el Rey su primer Ministro; y vosotros, representantes del pueblo, vosotros erais entonces ilotas, erais entonces esclavos.

Si no encuentro el Poder central en Madrid, tampoco le encuentro en Lisboa; yo no veo allí sino la soberanía de las clases proletarias, y un fogoso tribuno, un sangriento demagogo cubierto con el manto de los Reyes.

La revolución contra los diez años no puede verificarse

tica de las modernas Constituciones ha desaparecido en gran parte la libertad civil y ha sobrevenido el despotismo del Estado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

contra el Poder que estaba entonces oprimido, sino contra la democracia, que era entonces opresora.

Su objeto social, su objeto político, su objeto filosófico, es á todas luces establecer la libertad, emancipando del yugo de los demagogos á las clases que ellos humillaron y que la representan, y fortificar el Poder postrado entonces en el polvo, emancipando del yugo democrático á la persona que le ejerce, es decir, al Monarca.

Si la libertad y el Poder fueron hermanos en el día del infortunio, hermanos son en el día de la victoria; si perecen, perecerán á un mismo tiempo y se hundirán en un mismo sepulcro. Los que esperan que debilitando al Poder salvarán á la libertad del naufragio, esperan un imposible, y no tienen ni la inteligencia de la libertad, ni la inteligencia del Poder, ni la inteligencia de su historia, ni la inteligencia de sus vicisitudes.

Representantes del pueblo: no desarméis al Trono delante de la democracia, ni al Poder delante de las facciones, porque ahora más que nunca es débil el Poder, es fuerte el pueblo; ¿contra quién combatirá este coloso? El ha quebrantado ya todos los yugos. ¿Combatirá con los Ministros? A su voz desaparecen los Ministros. ¿Combatirá con el Poder? El pueblo es un gigante, su Trono una montaña; su clava es como la clava de Hércules; su escudo, como el escudo de Aquiles; su cólera, como el rayo de los dioses; Isabel es una niña: su Trono es una cuna, su escudo es su inocencia. ¿Cólera? No la tiene, y las flores son sus armas.

Vuestra Constitución, para ser digna de vosotros, debe ser digna también de la magnanimidad española; para ser digna de vosotros debe ser la obra monumental que levantéis con vuestras manos delante de la Europa, que os contempla, sobre los sepulcros de todos los partidos. Que vuestros nombres pasen puros á la posteridad y vivan gloriosos en la Historia; que al recorrer sus páginas no insulten vuestras cenizas vuestros hijos; que no puedan decir:—*Fueron ingratos*—grabando una maldición en vuestras tumbas; porque ingratos seriais si, en

premio de los beneficios que una mujer celestial os dispensó con mano pródiga ¹ cuando aún no vestiais la toga de los legisladores y cuando oprimía vuestro cuello la argolla de los esclavos, no dotaseis ricamente de instituciones Monárquicas á ese Trono ocupado por un ángel purísimo

..... qui n'a pour sa défense
Que les pleurs de sa mère et que son innocence.

1 Así paga el demonio á quien le sirve.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

EL CLASICISMO Y EL ROMANTICISMO